

El movimiento psicoanalítico durante la guerra (1939-1945) según los archivos de la Asociación Psicoanalítica Internacional*

Adam Limentani

Cuando acepté la tarea de describir la situación del movimiento psicoanalítico durante la Segunda Guerra Mundial de acuerdo con los datos existentes en los Archivos de la API, sabía perfectamente que allí había escaso material como para escribir un trabajo de cierta extensión. Hasta 1949, año en que finalizó el cuarto mandato de Ernest Jones como presidente, la mayoría de los documentos no llegaban a las oficinas de la Asociación, por el simple hecho de que ésta no tenía una oficina propia permanente. Estoy sumamente agradecido a todas las Sociedades y a los miembros que me escribieron para brindarme información sobre el período del cual voy a ocuparme. Gracias a esa ayuda, pudimos comenzar a cerrar las brechas existentes en los Archivos, pero aun así éstas seguían siendo considerables. De modo que luego de debatir la cuestión con el organizador de este Congreso, el doctor De Mijolla, coincidimos en que yo complementarí­a la información que pudiera obtener en los Archivos recurriendo a nuestra biblioteca, que en este momento está en vías de armado. Este procedimiento resultó muy fructífero en varios aspectos.

Durante la guerra, los asuntos de la API se interrumpieron

* Trabajo presentado en el primer Congreso de la Asociación Internacional para la Historia del Psicoanálisis, realizado en París en mayo de 1987, y publicado en el primer número de la *Revue Internationale d'Histoire de la Psychanalyse*. Reproducido en *International Review of Psychoanalysis*, Vol. 16, No. 3, 1989, págs. 3-13. © del Institute of Psychoanalysis, London, UK.

para todos los fines prácticos, hasta tal punto que de 1941 a 1944 ni siquiera se publicó el boletín de la entidad. De hecho, la organización había quedado totalmente en manos del presidente, el doctor Ernest Jones, y del secretario, el doctor Edward Glover. En una nota bastante lacónica aparecida en 1941 en *Psychoanalytic Review*, ambos declaraban que “se ha creado en la Asociación Psicoanalítica Internacional un comité de emergencia”, añadiendo que ellos “habían asistido al desarrollo de una situación crítica en la vida de muchos colegas, tanto de la Europa continental como británica, en Inglaterra. La intensificación de los bombardeos aéreos en Londres dio origen a una situación grave [...] hay colegas que no pueden abandonar el país a causa de las restricciones legales, o que están imposibilitados de ejercer la profesión”. Esta nota no da cuenta del enorme esfuerzo que se llevó a cabo en Inglaterra para hacer frente al éxodo masivo desde el continente europeo.

Permítaseme recordar la composición de la API a fines de 1938, momento en el cual contaba con 560 miembros (el 30 % de los cuales eran de Estados Unidos) distribuidos en las siguientes sociedades psicoanalíticas: la norteamericana, la británica, la holandesa, la danesa-noruega, la francesa, la alemana, la india, la japonesa, la sueca-finlandesa, la suiza y la vienesa. Por entonces, Italia había presentado su solicitud para ser admitida. A principios de 1939, el secretario de la API, doctor Glover, anunció que la institución estaba atravesando dificultades debidas a la situación mundial y que el 16º Congreso se postergaría hasta nuevo aviso. El contacto con la API pronto comenzó a perderse, y en 1942 no se disponía en ella de la dirección de las sociedades danesa-noruega, francesa, sueca-finlandesa y húngara. El grupo sueco-finlandés desapareció con la muerte de Y. Kulowesi, su único integrante finlandés, formado por Federn, que no había dejado discípulos. No he podido rastrear el destino que tuvieron los tres estudiantes que en ese momento se estaban capacitando con él, pero presumo que continuaron su carrera en algún otro lugar de Escandinavia. Por otro lado, dado que Suecia no participó en el conflicto bélico, allí se continuó trabajando sin inconvenientes. La sociedad sueca fue creciendo lentamente, y en 1945 ya tenía ocho miembros titulares y dos adherentes que realizaban reuniones con regularidad; sin embargo, el psicoanálisis sólo se practicaba en Estocolmo. Aquí el único propósito durante los años de la guerra fue la presentación de una propuesta que prohibiera a los

legos ejercer el análisis, y esto al parecer se convirtió en un factor absorbente de sus actividades grupales.

Como era inevitable, el grupo danés-noruego fue una de las primeras víctimas de la conflagración. No hay testimonios de que en dicho grupo se llevara a cabo alguna labor psicoanalítica convencional hasta que, tiempo después, resurgió. Un destino similar —o sea, la suspensión de toda actividad psicoanalítica— sufrió la sociedad japonesa, a raíz de las concepciones sociales y políticas prevalecientes entonces en ese país. Dejando de lado los procesos que se manifestaron en Alemania y Viena, que ya han sido objeto de varios informes, en el resto de Europa la situación vigente en 1939-1945 era muy heterogénea.

En Italia, por ejemplo, el movimiento psicoanalítico entró en hibernación, ya que a partir de 1938 no hubo lugar para él en la atmósfera fascista de la época. Al poco tiempo los principales analistas, en quienes debe verse a verdaderos pioneros, comenzaron a prepararse para partir al exilio. Servadio se fue a la India, donde colaboró con la vida científica de la sociedad local, aunque también debió pasar cierto período en un campo de internación de prisioneros de guerra. Hirsch emigró a Venezuela y Kovacs a Suiza, donde murió poco después. Edoardo Weiss se fue a Estados Unidos y allí continuó desplegando una labor activa y creativa. Levi-Bianchini, fundador del núcleo italiano original, debió esconderse, y los tres o cuatro analistas restantes apenas podían dedicar sus esfuerzos a otra cosa que no fuera su supervivencia inmediata (Servadio, 1965). No obstante, aquí comenzamos a apreciar que lo que un país perdió lo ganó algún otro, asegurando así no sólo la supervivencia individual sino la del psicoanálisis en su conjunto.

Hungría ha sido objeto de diversos informes de colegas que vivieron allí experiencias personales; sólo quisiera subrayar brevemente las dificultades que enfrentan los analistas cuando trabajan en un estado policíaco o en un país donde la democracia es inexistente. En 1939 trabajaban en Hungría 36 psicoanalistas, incluido el Dr. Pfeiffer, pero pronto muchos de ellos fueron llevados a campos de concentración. Uno, o tal vez dos, se salvaron. En cierto momento de la década del cuarenta había todavía en el país siete médicos y diez no médicos en formación.¹ En un artículo aparecido en el

¹ Es un hecho infortunado que no tengamos datos detallados, de este y otros países, sobre la experiencia de analizar pacientes o candidatos en formación en medio de las circunstancias

Sigmund Freud House Bulletin, Livia Nemes (1985) nos recuerda que, como consecuencia de las leyes contra los judíos y la anexión de Austria, la Sociedad húngara había perdido la cuarta parte de sus miembros. Pese a que durante algunos años se sospechó del psicoanálisis por sus supuestas tendencias izquierdistas y por ser judío, algunos analistas vieneses como Otto Fleischmann, Kato Vertes y Miklos Sugar buscaron refugio en Hungría. Nos dice Nemes que en las reuniones de la Sociedad había siempre un agente de policía tomando apuntes, pero probablemente esto sucedía en todos los encuentros de psicoanalistas. Por último, en 1941 se apartó a todos los judíos de los cargos directivos y se interrumpió el dictado de seminarios. Dentro de este marco, un hecho sorprendente fue que cuando I. Hermann publicó en 1943 su libro sobre *Los instintos primordiales en el hombre*, se dejaron intactas ciertas páginas concernientes al militarismo y al antisemitismo, mientras que se suprimieron otras en que se hablaba de la masturbación y la vida sexual de las mujeres. Fue por cierto un acto de coraje de Hermann la publicación, en 1945, de un trabajo sobre “La psicología del antisemitismo”, donde examinaba el problema desde el punto de vista de la agresividad.

Prosiguiendo con los países que estaban en guerra, en Holanda la situación fue a la vez crítica y fluida. La Sociedad Holandesa, dividida en dos grupos (el de Amsterdam y el de La Haya), acababa de superar discrepancias internas que amenazaron su persistencia como Sociedad única cuando se iniciaron las hostilidades. Siguió funcionando, empero, de manera normal en la práctica y al comienzo no tuvo obstáculos para continuar con su labor científica. Cuando aumentó el peligro bélico, algunos pacientes varones dejaron de concurrir al análisis, pero al poco tiempo lo retomaron. Sin embargo, poco a poco el clima se fue deteriorando, sobre todo al prohibirse a los judíos formar parte de cualquier asociación. La que más sufrió fue la rama de La Haya, pues los Katan debieron pasar a la clandestinidad y muchos otros analistas se fueron a Estados Uni-

adversas provocadas por la agitación social. Esta renuencia a poner por escrito las reacciones emocionales de los participantes en la situación psicoanalítica no se limita a lo acontecido durante la Segunda Guerra Mundial. A menudo nos hemos encontrado con ella en países donde era sabido que muchos analizandos vivían sometidos a situaciones de gran tensión (abusos de las autoridades, persecuciones y aun torturas). Dudo que el respeto por la reserva explique esta falta de información de vital importancia.

dos. Por su parte, el grupo de Amsterdam, desconfiando de la situación imperante, resolvió disolverse y continuar reuniéndose en privado. No obstante, en 1944 logró reorganizarse como centro de formación, con 16 candidatos que estaban en manos de los doctores J. Lampl-de Groot y R. le Coultre. Realizaban sus encuentros en casas particulares y pudieron seguir trabajando hasta 1945.²

Salvo en Suiza, donde el psicoanálisis no pareció afectado por lo que sucedía en el resto del continente, entre 1939 y 1945 el movimiento psicoanalítico languideció en la mayoría de los países.

Si nos trasladamos al futuro Estado de Israel, la Sociedad Palestina había sido revitalizada por algunos emigrantes alemanes, principalmente Eitingon, quien por desgracia murió al poco tiempo de su llegada. Su influencia creativa se refleja en la cantidad de reuniones científicas celebradas en 1940 y en la variedad de temas debatidos en dichas reuniones, entre ellos la ponencia de la doctora Ellen Simon, “La ideología del nazismo”, y algunas otras monografías sobre “La neurosis traumática y la neurosis de guerra”, en 1942. Se continuó trabajando a pesar de las dificultades y hacia fines de 1945 había no menos de ocho candidatos en formación, en tanto que varios integrantes de la Sociedad habían sido invitados a desempeñar funciones en el Departamento de Higiene Mental.

Pero volvamos a Gran Bretaña, donde, en comparación con otros países, el movimiento no perdió demasiado impulso. Más aún, durante largo tiempo nada perturbó la vida científica de la Sociedad Británica, a punto tal que entre 1939 y 1940 se efectuaron catorce reuniones. Una de ellas estuvo dedicada a un “Simposio sobre los factores psicológicos que obran sobre la moral colectiva en tiempos de guerra, con especial referencia al colaboracionismo”, tema del que me ocuparé más adelante. Por otro lado, durante la guerra las conferencias y seminarios no pudieron celebrarse con regularidad. En 1942, la Sociedad aún tenía 18 candidatos en formación,

² El profesor E.C.M. Frijling-Schreuder escribe: “Una vez que pasamos a la clandestinidad, las actividades continuaron en la casa del doctor y la señora Lampl, de R. le Coultre, de la señora Groen y de Herman van der Sherren. Aunque debíamos afrontar grandes inconvenientes relacionados con la iluminación y la calefacción, la labor científica y de formación prosiguió, y los análisis didácticos continuaron hasta el último invierno, en el cual el hambre, el frío y la fatiga se volvieron agotadores y salir a la calle, demasiado peligroso. [...] Yo tomé parte en todo esto sólo como analista en formación, ya que me había analizado con el Dr. Lampl justo antes de que estallara la guerra, pero nunca olvidaré lo que significó este largo período de actividad en esa época de preocupaciones y peligros cotidianos”.

aunque siete de ellos habían debido suspender los estudios para cumplir servicios militares. El aflujo de refugiados no dejó de tener repercusiones. Por un tiempo, 10as provincias del interior se vieron beneficiadas: tras el arribo de los Balint, los Isakower y más tarde los Aufreiter, se abrió una nueva filial en Manchester, que al término del conflicto ya estaba en plena actividad y tenía como mínimo ocho candidatos.

Si bien el hecho de vivir en un país azotado por la contienda comenzaba a causar ciertos trastornos en la vida de la Sociedad, no se notaban consecuencias adversas en la creatividad científica de sus integrantes. Por estos años, Melanie Klein escribió dos de sus trabajos fundamentales: “El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos” (1940) y “El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas” (1945). Fue el período que asistió a la presentación de “Revisión de la psicopatología de las psicosis y las psiconeurosis”, de Fairbairn (1941), y de importantes trabajos de Paula Heimann, Edward Glover, John Bowlby, Susan Isaacs, etc. Se le haría mejor justicia a lo que trato de describir si se echara una mirada al índice de los números de *IJPA* de esa época, que forzosamente debieron achicar su cantidad de páginas.

A la sazón yo trabajaba como oficial médico del ejército en varios hospitales militares psiquiátricos de campaña. Poco sabía de la Sociedad Psicoanalítica Británica, si se exceptúa que a principios de 1940 había concurrido a algunas ocasionales e improvisadas conferencias de algunos de sus miembros. Ignoraba que, mientras yo soñaba con el final de la guerra para poder iniciar mi formación psicoanalítica, la Sociedad estaba sumida en amargas luchas de poder con matices científicos; o tal vez haya que decirlo al revés: había en ella controversias científicas por debajo de las cuales subyacían las luchas de poder.

Esos debates de 1943-44 suscitaron, por un lado, el decidido apoyo a las teorías y la técnica de *Melanie Klein*, y por el otro, intensas y renovadas críticas. No es mucho lo que se solucionó en el plano científico, pero las polémicas lograron que la Sociedad se mantuviera unida. Otro de sus resultados fue la creación de tres grupos, lo cual me generó un problema cuando decidí presentarme para la formación –pero esto sobrepasa los propósitos del presente informe. Poco o, en verdad, nada puede encontrarse sobre tales debates en los archivos de la API, excepto que las tensiones ocasionadas por el cambio del clima interno en la Sociedad llevaron a la

renuncia de Edward Glover al cargo de secretario de la API en 1944, quien fue reemplazado por Anna Freud.

Parecería que para lograr que los analistas dejen de pelearse entre sí se necesita mucho más que una Guerra Mundial, y como veremos, en esto Inglaterra no estaba sola. Percatarme de esto me ayudó, más adelante, a adoptar una postura menos negativa respecto de ciertos acontecimientos que se desarrollaron en los círculos psicoanalíticos.

Pero ya que he mencionado la solidez de la vida científica en Inglaterra, debería intentar presentar algunas contribuciones que permitieran formarse una idea de la situación tal como transcurría por entonces en ese país. En este punto, mis investigaciones fueron decepcionantes, ya que encontré pocos indicios sobre lo que significaba ser analista en Gran Bretaña durante la guerra.³ En la bibliografía que examiné, casi no hallé referencias al desconcierto y confusión de los analistas veteranos que debieron someterse, por ejemplo, a un nuevo análisis personal para cumplir con los requisitos más rigurosos fijados para el análisis de los candidatos, que en Inglaterra era de rigor. Tampoco hallé alusiones a la desorientación de los nuevos inmigrantes, evidente para los psiquiatras que trabajábamos en el terreno con la población tanto civil como militar. Por supuesto, debo señalar que mi repaso de la bibliografía se limitó a los años que comprende este informe y a las revistas especializadas disponibles, o sea, *IJPA*, *Psychoanalytic Quarterly*, *Imago*, *Psychoanalytic Review*, así como a unos pocos libros. En medio de muchos aportes de rutina, encontré, empero, algunas notables excepciones.

La más saliente de éstas fue el ensayo de Ernest Jones sobre “La psicología del colaboracionismo” (1941), en el que se pregunta si acaso el colaboracionismo no fue el “arma secreta” de Hitler. Las víctimas de esta mentalidad y forma de conducta particular son curiosamente inconscientes del proceso que las afecta. El fenómeno se basa en la incapacidad de comprender al enemigo, acompañada por la negación o aprobación de su agresividad. Los colaboracionistas dirán: Vivir bajo el régimen nazi no hace diferencia. El negador dirá también que puede no librarse ninguna guerra, o que

³ Una notoria excepción es el *Relato del análisis de un niño*, de Melanie Klein, publicado muchos años después (1961). El analizando, Richard, estuvo muy envuelto en la guerra, como se infiere de sus asociaciones y de sus fascinantes dibujos.

si hay agresión bajo el régimen nazi, lo que correspondía era apaciguarlo o, estaba justificada. Jones señala que en las “clases altas” había personas que ora le temían al bolchevismo, ora no se sentían seguras de su derecho a tener privilegios. Apunta que muchos tenían sueños en los que eran torturados por Hitler o que trababan con él una amistad íntima. Aquí una posible explicación es la proyección en los nazis de los impulsos del Ello, junto con la admiración irresistible por las imagos paternas, la negación del peligro y la represión del temor. El intento de convertir la imagen de un padre malo en la de uno bueno es inherente al autoengaño del colaboracionista y a su creencia en el éxito ineluctable; hay aquí, por consiguiente, un sentimiento vinculado a la bondad de los objetos malos internos proyectados sobre el enemigo externo. Un suceso infortunado es la identificación de la potencia sexual con el sadismo. En una misma persona pueden actuar la sumisión al padre peligroso, su aceptación y la identificación con él. Jones puntualiza la presencia, asimismo, de soluciones intensamente homosexuales; en lugar de la oposición total al enemigo, se entabla con éste una relación compleja. Cuando uno de los pacientes de Jones le dijo que debía devolverse a Alemania lo que se le había quitado, lo que quería significar era que el Padre demandaba la devolución del pene que le había sido robado. Este tipo de fantasías pueden explicar la apatía que mostraron al principio los aliados ante los nazis, y el hecho de que quizás obrara en ellos la mala conciencia. Jones manifestó su particular interés por la admiración masoquista del enemigo que debió de haber operado en Noruega y Dinamarca, y que podía asemejarse a la identificación de un hermano menor con su hermano mayor (el dictador).

A este ensayo del presidente de la API le siguió otro, “¿Cómo puede salvarse la civilización?” (1943), en mi opinión menos airoso. Era evidente que de nuevo se apoyaba en alguna experiencia derivada de su trabajo reciente con los pacientes, ya que comenzaba señalando que la angustia individual crea fantasías de enemigos, junto con proyecciones e introyecciones. Según Jones, todo esto superaba la posible influencia sugestiva de la prensa y los medios de comunicación en general, y explicaba la capacidad de los políticos para obligar a la gente a acatar sus caprichos. La omnipotencia infantil se proyecta en un presunto dictador que se embriaga con su triunfo. Al final del ensayo, el autor expresa su piadosa esperanza de que algún día los gobernantes sean analizados. Las alusiones de

este ensayo son inconfundibles, pese a lo cual llama la atención que Jones no mencionase en ningún lugar la quema de libros en Alemania. ¿Puede sobrevivir la civilización sin libros?

A medida que avanzaba la guerra, sólo de tanto en tanto aparecía alguna contribución que merezca ser mencionada. Glover (1942) escribió sobre los efectos psicológicos de la situación de guerra sobre la población civil. Subrayó que, ante la crisis de Munich, la mayoría de sus pacientes sufrieron trastornos o el agravamiento de los síntomas ya existentes. Una minoría se mostró indiferente, pero algunos sintieron pánico de ser abandonados por el analista, de sufrir heridas en ataques aéreos, impotencia y confusión, presentando síntomas de conversión y somatizaciones. Por otra parte, algunos analistas comenzaron a preocuparse, en particular, por el destino de los niños y las mujeres. Sylvia Payne (1943) hizo suyo el problema causado por la movilización y evacuación de las mujeres, que generaba serios problemas a sus hijos. Al mismo tiempo que demandaba que los analistas de niños recibieran una formación más integral, Payne indicaba que la nueva situación bélica les daba a las mujeres la oportunidad de entablar relaciones extramaritales y homosexuales. Al parecer, la autora no percibía que, en sí misma, la guerra estaba contribuyendo a la emancipación de la mujer.

Con su libro sobre *Niños sin familia* (1944), Anna Freud y Dorothy Burlingham llamaron la atención sobre el predicamento de los niños que debían amoldarse a un nuevo entorno. La convivencia con niños del mismo grupo etario tenía la obvia ventaja de permitir cierto control de los celos, pero las autoras terminaban su libro puntualizando que este entorno, por más que fuera útil, era artificial.

Quisiera concluir mi reseña de la bibliografía de las Islas Británicas mencionando un notable trabajo de un analista oriundo de ellas, Charles Anderson (1944). Se lo juzgó suficientemente importante como para incluirlo en *The Yearbook of Psychoanalysis*, que comenzó a ser publicado en 1945. El ensayo de Anderson es un estudio sobre 5.000 pacientes internados en un centro para tratamiento de las neurosis. En el 8 % de la población de dicho centro, las tendencias homosexuales, manifiestas o latentes, eran el factor determinante en la génesis de los trastornos neuróticos (el 4 % eran homosexuales conscientes de sus inclinaciones pero inestables, en tanto que el otro 4 % eran casos latentes). La inestabilidad era consecuencia de las actitudes hostiles del grupo cuando los mecanis-

mos de defensa se expresaban con ansiedad, reacciones histéricas o paranoides, y de la reactivación e intensificación de las tendencias homosexuales latentes debido a la incorporación a un grupo de varones. Más dura aún era la experiencia de la participación directa en la guerra, que podía originar la reactivación de tendencias sadomasoquistas (pág. 236). Aquí se pone de relieve la importancia de este ensayo, donde se subraya que las tendencias masoquistas tan corrientes en los invertidos no sólo se expresan de modo directo en la actividad sexual sino también por derroteros indirectos muy apartados de la anormalidad sexual. En algunos casos, particularmente los de homosexuales latentes, era “como si las tendencias destructivas hubieran resurgido” (pág. 231). La supresión de las prohibiciones hace que se desintegren los mecanismos de defensa contra los impulsos y se reactiven tendencias reprimidas con éxito durante muchos años. El trabajo de Anderson, rico en material clínico bien descrito, es relevante, a mi juicio, para entender el comportamiento de los militares y de los encargados de dirigir los campos de concentración y de exterminio.

La falta de artículos destacables en este período sugiere, quizá, que en tiempos de guerra el psicoanálisis se confina a la comprensión cabal de algún proceso, pero su aplicación práctica enfrenta toda clase de dificultades insuperables.⁴

Thorner (1946), ex oficial médico del ejército británico, deja bien en claro que el psicoanálisis lo ayudó notablemente a comprender los problemas narcisistas de un hombre herido, de contextura atlética, pero añade que la aplicación de este *insight* fue en extremo difícil, si no imposible. Thorner no creía que hubiera gran diferencia entre las neurosis de guerra y las de épocas corrientes, salvo por el hecho de que durante la guerra un psiquiatra militar atiende casos que no son habituales en tiempos de paz. Comenta, atribulado, que una organización que recluta individuos que no eligieron formar parte de ella está destinada a provocar el colapso de tales individuos.

⁴ La conocida psicoanalista Ilse Hellman, que se formó en la Clínica de Psicoanálisis de Londres entre los años 1941 y 1945, me ha contado las difíciles circunstancias que imponía al personal trabajar con los pacientes. Por ejemplo, en caso de un ataque aéreo, tanto los terapeutas como los pacientes debían refugiarse de inmediato en el sótano del edificio. Con el tiempo, la reiteración de esta situación se tornó molesta, y hasta se habló de separar en tales momentos a terapeutas y pacientes para que estuvieran en distintas habitaciones, pero el proyecto no se concretó.

Pasando a otros campos y a otros continentes, quisiera destacar que en muchos otros lugares del mundo, y en especial en Estados Unidos, la situación bélica pareció reactivar el espíritu pionero del psicoanálisis –que quizá se había vuelto un tanto indulgente debido a los progresos alcanzados por el método. Algunos analistas se vieron obligados a irse a trabajar a zonas en las que estaban totalmente aislados. Algunos no completaron su graduación, y debieron unirse a colegas establecidos en las grandes ciudades o en otros países, o bien comenzar a trabajar en centros psiquiátricos, perdiendo así el contacto directo con la labor psicoanalítica.⁵

Hubo también quienes, tal vez dotados de un espíritu pionero más fuerte que los demás, se establecieron en ciertos países y lograron atraer en torno de ellos a un número significativo de colegas, con importantes resultados para el futuro del movimiento psicoanalítico en tales países. Se encuentran ejemplos destacados de este proceso en Australia y la Argentina.

Sociedad Australiana. Uno de los psicoanalistas que emigró de Hungría cuando estalló la guerra fue Clara Lazar-Geroe. Se incorporó a la Sociedad Psicoanalítica Británica en su camino hacia Australia, donde sumó sus fuerzas a las de Roy Winn, quien ya estaba trabajando allí como analista desde hacía algunos años. El arribo de una docena de colegas húngaros, prometido por Jones, no pudo materializarse. Sin dejarse amilanar por ello, los dos pioneros consiguieron despertar suficiente interés en varios lugareños que les brindaron el apoyo económico necesario para crear el Instituto

⁵ En líneas generales, los esfuerzos de una persona aislada nunca parecen alcanzar mucho éxito. Ya hemos dicho que luego del fallecimiento de Kulowesi en Finlandia, transcurrió un largo período antes de que el psicoanálisis pudiera ponerse nuevamente en marcha. En Grecia, el Dr. D. Kouretas, analista formado en Francia que en la época de la guerra trabajaba en Atenas, formó un pequeño grupo con G. Zavitzianos, quien dejó el país poco después, y el poeta Andreas Embericos, que había tenido un análisis personal pero ninguna formación, por lo cual estaba impedido de trabajar como psicoanalista (*AIHP Journal*, No. 2). Otro esfuerzo individual para difundir el psicoanálisis fue el emprendido por el canadiense Brock Chisholm, que se había analizado con Edward o con James Glover. Durante la guerra, en su carácter de mayor general del ejército canadiense, abordó la tarea de transmitir conocimientos psicoanalíticos a los psiquiatras que trabajaban en las fuerzas armadas canadienses y británicas, y así fue que inició una serie de seminarios y grupos de debate los fines de semana. Por desgracia, en una conferencia pronunciada en memoria de William Alanson White, trató el tema de la psiquiatría de la paz duradera y del progreso social, tema éste que suscitó una fuerte reprobación de las autoridades (A. Parkin, comunicación personal).

Melbourne. En 1942, Clara Geroe dirigía un grupo de estudios que se reunía semanalmente y al que asistían entre 25 y 30 personas (incluso algunos miembros de las fuerzas armadas británicas y norteamericanas). También se daban conferencias sobre temas educativos y comenzó a brindarse formación psicoanalítica. Lo que siguió ya forma parte de la historia de la API. Poco después, la rama australiana fue reconocida como filial de la Sociedad Británica y en su debido momento se transformó en un grupo de estudios, dando origen a la actual Sociedad Componente.

Asociación Psicoanalítica Argentina. El espíritu pionero fue aun más evidente en América Latina, donde la fundación y desarrollo de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) fue uno de los acontecimientos salientes de la historia de la API. Angel Garma, un español formado en Berlín, quería crear un nuevo grupo analítico en su país cuando la Guerra Civil española lo obligó a exiliarse. Primero se refugió en París, pero al poco tiempo la llegada del ejército de ocupación alemán hizo que debiera partir también de allí. Decidió marchar a Buenos Aires, donde vivían algunos miembros de su familia. Tan pronto llegó, reunió a un pequeño grupo compuesto por Celes E. Cárcamo, Arnaldo Rascovsky (quien más tarde se analizó con él) y Guillermo Ferrari. En 1942 ya habían fundado una sociedad que al año siguiente fue oficialmente reconocida por la API, otorgándosele el pleno derecho a formar analistas. Desde 1944 hasta el fin de la guerra la relación entre la Asociación Argentina y la API entró en un compás de espera, pero esto no menguó el entusiasmo de los precursores argentinos. Ese año, su presencia en la reunión extraordinaria de la Sociedad Argentina de Neurología y Psiquiatría, a la que concurrieron numerosos representantes de otros países latinoamericanos, se hizo sentir. Como consecuencia, el presidente de la entidad, Rascovsky, fue invitado a dar conferencias y seminarios en San Pablo y Río de Janeiro. Esto despertó el interés de los psiquiatras brasileños, quienes más tarde se encaminaron a Buenos Aires para recibir formación. Es incuestionable que el ímpetu que tuvo el desarrollo del psicoanálisis en Brasil provino de la labor del grupo argentino, hasta que ellos pudieron fundar su entidad propia en años posteriores con la llegada de los inmigrantes europeos.

El entusiasmo inagotable del cuarteto original que fundó la APA los llevó a encontrar un medio para expresar su creatividad. En 1943, apareció el primer número de la *Revista de Psicoanálisis*, una pu-

blicación muy cuidada en el aspecto gráfico y que contenía artículos fascinantes, algunos de los cuales merecen ser leídos aun hoy. Años después, James Strachey, director de *IJPA*, señaló: “Este primer número tiene una magnífica producción y una impresión excelente. Por otra parte, esta realidad concreta evidencia, igualmente, las altas normas por las cuales el director [de la *Revista de Psicoanálisis*] desea ser juzgado. Un comienzo promisorio”. Junto a los artículos originales de Cárcamo sobre “*La serpiente emplumada: Psicoanálisis de la religión maya-azteca y del sacrificio humano*” y de Garma sobre “El método psicoanalítico de interpretación de los sueños”, la revista estableció el nivel que pretendía alcanzar incorporando la traducción de importantes autores de habla inglesa, como Melanie Klein y Franz Alexander, así como reseñas de libros y una sección denominada “revista de revistas”. Se preparaba así el escenario para la divulgación de información psicoanalítica de primera línea procedente de todo el mundo, hecho que no tenía precedentes hasta ese momento en otras publicaciones y era un ejemplo que la API tardó en seguir.

Lamentablemente, en otros lugares de América Latina el movimiento psicoanalítico no tuvo un desarrollo tan vertiginoso, aunque durante la guerra la psicoanalista alemana Adelaide Koch se unió a Marcondes en San Pablo e iniciaron un programa de formación. Al término del conflicto ya se había fundado una Sociedad en esa ciudad y contaba con no menos de siete candidatas.

En la medida en que este informe abarca el período 1939-1945 en todo el mundo, aprovecharé dicho privilegio para ofrecer algunas ideas y reflexiones sobre el psicoanálisis en Estados Unidos –aunque gran parte de lo que importa realmente de esta historia ha sido tratada por otros colegas. Basta recordar lo escrito por Freud en su “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico” (1914) para saber que la recepción que se le hizo en Estados Unidos cuando fue a dictar las conferencias de la Clark University pareció un sueño hecho realidad. Creo que si hubiera visitado Estados Unidos en la década del cuarenta, pese a que la guerra se hizo sentir en distintos aspectos en ese país, habría quedado igualmente impresionado.

La vitalidad de cualquier sociedad psicoanalítica se trasunta en sus actividades de formación, y vale la pena señalar que en 1940 había en el centro de Nueva York 106 candidatas, y 108 en otros centros estadounidenses. En 1943, había 82 candidatas cursando su

análisis didáctico, 83 en supervisión, y 64 en las fuerzas armadas. En 1944 se sumó la nueva Sociedad de San Francisco y eran ya 144 candidatos, de los cuales 105 estaban en supervisión y 14 en la milicia; en 1945 proseguía la formación en Boston, Chicago, Detroit, Nueva York, Filadelfia, San Francisco, Topeka, Washington y Los Angeles, con 204 candidatos y 81 interrumpidos.⁶

Debo mencionar que en la mayoría de los centros continuaban las reuniones científicas, aunque hasta 1943 las del centro de Nueva York se vieron considerablemente entorpecidas. La situación del psicoanálisis en América del Norte era promisoria, aunque existían algunos problemas.

En 1942, la *Psychoanalytic Review* publicó (pág. 202) una declaración del Consejo de Directores de la Sociedad de Nueva York vinculada con discrepancias que habían tenido en su seno el año anterior, y que condujeron a la renuncia de cinco miembros de un total de 88, y de catorce candidatos de un total de 110. Estos disidentes crearon la Association for Psychoanalysis, con su propio instituto de formación. El origen del problema fue la reorganización y regularización del programa de formación para el gran cuerpo de estudiantes, como consecuencia de la cual el grupo disidente se sintió muy discriminado. La reorganización exigía un análisis preliminar, el tratamiento de los pacientes con supervisión y que los candidatos concurrieran a una cierta cantidad de seminarios. Las nuevas teorías y descubrimientos debían presentarse, en primer lugar, en las reuniones científicas. Esto no sorprende si recordamos que ya en 1938 la Asociación Psicoanalítica Norteamericana (American Psychoanalytic Association) había resuelto impedir toda interferencia de la API creando un programa unificado bajo su control.

Quizás los acontecimientos que tenían lugar en la Sociedad de Nueva York no eran más que un signo de saludable fermentación, pero debemos entenderlos a la luz de las ineludibles consecuencias de la inmigración masiva a Estados Unidos de europeos dotados de gran experiencia y conocedores de los nuevos enfoques teóricos y técnicos.

El primer cuestionamiento de serias consecuencias fue producto de la publicación del libro de Alexander, *Nuestra Edad de la Sinrazón: Estudio de las fuerzas irracionales que actúan en la vida so-*

⁶ Datos sobre las sociedades y filiales norteamericanas tomados de *IJPA*, 1943 a 1945.

cial (1942). Este corroboraba a los neofreudianos, y por ende el autor enfrentó la ira del *establishment* al afirmar que los analistas habían exagerado la importancia del complejo de Edipo. Por supuesto, la defección de Alexander fue lamentable, ya que junto con Fenichel y otros había sido el promotor del desarrollo inicial del interés por la medicina psicosomática, que luego dio origen a la aparición de una revista totalmente dedicada a ese tema.

Tal interés fue sin duda fomentado por la amplia participación de los psicoanalistas norteamericanos en las facultades de medicina y las instituciones psiquiátricas. El hecho, hoy bien documentado, de que una tercera parte de los casos que atienden los médicos tienen un componente psicosomático atrajo creciente atención, junto con la rápida difusión de la terapia grupal, que por entonces contaba con el favor de muchos psicoanalistas.

En verdad, la guerra tuvo escasa repercusión en la creatividad de nuestros colegas norteamericanos, como lo demuestra la costumbre que entonces se puso en boga de escribir toda suerte de artículos médicos de difusión para los legos. La cantidad de artículos y libros sobre el psicoanálisis fue por cierto impresionante; sería imposible tan siquiera enumerarlos en este trabajo. Sólo destacaré algunas contribuciones que, en mi opinión, tuvieron relevancia para nuestro tema. Por ejemplo, *Psicoanálisis hoy*, de Lorand (1944), es un volumen muy interesante en el cual diversos especialistas se ocuparon de varios aspectos de la normalidad y la psicopatología de la personalidad, así como de los aspectos psicosomáticos de la criminología, el arte, la sociología, la literatura, la religión y la antropología. Sin embargo, en todas estas obras estaba notoriamente ausente cualquier referencia a lo sucedido en la Alemania nazi. Esta falta era demasiado grande como para ser compensada por el artículo de Otto Fenichel, “Psicoanálisis del antisemitismo” (1940), en el que describió un proceso de desplazamiento estimulado desde el exterior, en la medida en que “los judíos son aptos para las proyecciones de la gente a raíz de su manera tanto social como religiosa de vivir, que los vuelve extraños entre sus anfitriones [del país en que se radican]”, por más que esto último no parece aplicable a la vida contemporánea. Fenichel pensaba que en Berlín había existido un problema de asimilación, y que los judíos fueron usados por los nazis como chivos expiatorios debido a su cabello y tez oscuros, que los individualizaban como extranjeros, convirtiéndolos en un buen

objetivo para las proyecciones. En definitiva, el judío parecía representar la vulgar y sucia sexualidad.⁷

En general, los pocos artículos producidos en Estados Unidos sobre la guerra son algo decepcionantes. Tiene cierto interés el de Sterba (1943), “Sobre la metapsicología de la moralidad”, donde identifica el espíritu bélico como un fenómeno regresivo que pone fin a toda aspiración individual, en forma semejante a lo que ocurre en los pueblos primitivos. Los sentimientos colectivos se tornan creativos y dejan atrás todo interés personal. La participación en la guerra genera reacciones yoicas, como cuando se confunde el honor nacional con la satisfacción narcisista bajo la forma de ilusiones megalomanías –v. gr., la de pertenecer a una raza superior.

Con o sin guerra, los psicoanalistas estaban más preocupados por las tendencias imperantes en la teoría y práctica psicoanalíticas, tema de un simposio realizado en 1943 que sólo se publicó dos años más tarde. El autor más destacado fue Zilboorg, quien comenzó su trabajo diciendo: “Dentro y fuera de nuestra profesión existe la persistente impresión de que el psicoanálisis está atravesando una crisis. Ella se refleja en agudos disensos y vaivenes cismáticos; es mucho más profunda que la expresión intensa y ocasional de los afectos y mucho más modesta que las conspicuas reafirmaciones personales que se han producido en las disputas de los últimos años” (pág. 79).

Zilboorg continuaba lamentándose de que “la herencia que dejó Freud en medio de una crisis formidable no fue recibida ni aceptada de buen grado”. Manifestó, asimismo, que la participación emocional de los psicoanalistas en las turbulencias provocadas por el hitlerismo, y más tarde por la caída de Francia en poder de los alemanes, fue inevitablemente mayor que la del medio científico en cualquier campo, porque “las grandes migraciones involuntarias modificaron muy poco la situación psicosociológica del químico, el cirujano o el matemático”, personas que, a juicio de Zilboorg, “podían seguir sintiéndose necesarias, y de hecho lo eran”. Prefirió soslayar las angustiantes decisiones que debieron tomar algunos científicos antes de emigrar, ya sea por razones puramente morales o de otra índole. Sin embargo, estaba en lo cierto al pensar que “no es posible digerir y asimilar por la fuerza en una década las corrientes subterráneas entremezcladas del lenguaje psicológico y de la

⁷ En *Mein Kampf* se acusa a los judíos de haber violado a la madre patria.

imaginación afectiva. En épocas de paz, ya fuera en Innsbruck, Oxford o Lucerna, estábamos juntos y podíamos aprender, comprender y asimilar”.

Zilboorg señalaba que el psicoanalista es formado para la terapia individual, en tanto que en tiempos de guerra le llueven demandas de todo tipo de fuentes y es posible que no se sienta capacitado para responder a ellas, o, si lo hace, deba transar, de lo cual se derivan toda clase de consecuencias. Seguía diciendo: “Nos vemos convertidos, en la práctica, en sociólogos, filósofos, etnólogos, y nada de eso somos aún”. Reprobaba “los falaces e inevitables intentos de pagar tributos, que nuestra época parece exigirnos”. Pero reconocía acertadamente que “Nos hemos sumido en esta nueva ciencia de la mente humana y hemos dejado de lado muchas cuestiones sociales y culturales importantes. Entretanto, a nuestro alrededor se estaba gestando una tormenta, y cuando ella estalló nos vimos en medio de una erupción volcánica, totalmente desprevenidos. [...] El psicoanálisis nos absorbió virtualmente por completo y ni él ni Freud nos habían preparado para hacer frente a las erupciones revolucionarias de las que en ese momento éramos víctimas”.

A mi entender, lo que Zilboorg no advertía era que si los psicoanalistas se habían volcado súbitamente a toda clase de asuntos, como la sociología, la filosofía o la etnología, era precisamente como resultado de haber hecho caso omiso de la tormenta que se avecinaba. Pero también debemos reconocer, con pesar, que nuestros dirigentes adoptaron una política de apaciguamiento, por razones que no eran las que ellos alegaban.

Alguna vez pensé que, si los acontecimientos de los años treinta volvieran a producirse en la actualidad, no haríamos nada distinto. De todas maneras, me desconcertó comprobar cuán poco de lo que estaba ocurriendo en la Europa ocupada por los nazis se reflejaba en nuestras revistas especializadas –aun cuando admito que pude haber pasado por alto algún aporte importante aquí o allá. Incluso dejando de lado todo comentario sobre las persecuciones políticas y el maltrato, hallé escasísimas referencias a lo que significaba analizar a la gente en medio de condiciones terribles y desgarradoras, como las que ya he mencionado.

Quizá los psicoanalistas que sufrieron la crisis hayan pensado que Karl Menninger, presidente de la Asociación Norteamericana, era demasiado optimista cuando en 1943, en un mensaje de felicitación dirigido a la Asociación Argentina, escribió: “La muerte de

nuestro primer maestro, Sigmund Freud, la conflagración mundial, la desorganización que ésta produjo en la vida de nuestros colegas, con todo lo que esa tragedia significó, no harán cambiar a la ciencia, no impedirán que el psicoanálisis restablezca la norma que ha de seguirse”.

Los psicoanalistas cumplieron con ese pronóstico, pero quisiera concluir citando las palabras del Dr. Leuba, un colega francés que en su primer informe a Anna Freud como secretaria de la API apuntó: “En general, puede decirse que durante los años terribles de la ocupación nazi el movimiento psicoanalítico no sólo no perdió terreno, sino que en rigor ganó vitalidad”. Creo que estas palabras reflejan fielmente la situación del movimiento psicoanalítico en todo el mundo en 1945.

BIBLIOGRAFIA

- ALEXANDER, F. (1942) *Our Age of Unreason. A Study of Irrational Forces in Social Life*. Philadelphia: J. B. Lippincott.
- ANDERSON, C. (1944) “On certain conscious and unconscious homosexual responses to warfare”. *Yearbook Psychoanal.*, 1: 215-223 (1945).
- CASIO, F. R. (1962) “Historia de la Asociación Psicoanalítica Argentina”. *Rev. de Psicoanal.*, 18: 24-25.
- (1976) “Historia del movimiento psicoanalítico Latinoamericano”. En *Die Psychologie des 20 Jahrhundertz*. Zurich: Kindler Verlag.
- FAIRBAIRN, W. R. D. (1941) “A revised psychopathology of the psychoses and neuropsychoses”. En *Psychoanalytic Studies of Personality*. London: Tavistock, 1952, pp. 28-58.
- FENICHEL, O. (1940) “Psychoanalysis of anti-Semitism”. *Amer. Imago*, 1 (2): 24-39.
- FREUD, A. & BURLINGHAM, D. (1944) “Infants without families”. En *The Writings of Anna Freud, Volume 3*. London: Hogarth Press, 1973, pp. 543-666.
- FREUD, S. (1915) The history of the psychoanalytic movement. *S.E.* 14.
- GLOVER, E. (1942) “Notes on the psychological effects of war conditions on the civilian population”. *Int. J. Psychoanal.* 23: 17-37.
- JONES, E. (1941) “The psychology of quislingism”. *Int J. Psychoanal.*, 22: 1-12.
- (1943) “How can civilization be saved?”. *Int. J. Psychoanal.*, 24: 1-7.
- KLEIN, M. (1940) “Mourning and its relation to manic depressive states”. En

- Love, Guilt and Reparation*. London: Hogarth Press, 1975, pp. 344-369.
- (1945) "The Oedipus complex in the light of early anxieties". En *Love, Guilt and Reparation*. London: Hogarth Press, 1975, pp. 370-419.
- (1961) *Narrative of a Child Analysis*. London: Hogarth Press, 1975.
- LORAND, S. (1944) *Psychoanalysis Today*. New York: Int. Univ. Press.
- MENNINGER, K. (1943) "Congratulatory message". *Rev. Psicoanal.*, 1: 1.
- NEMES, L. (1985) "The fate of Hungarian psychoanalysts during the time of fascism". *Sigmund Freud House Bulln.*, 9 (2).
- PAYNE, S. (1943) "Criteria for the training in child analysis". *Int. J. Psychoanal.*, 24: 61-63.
- SERVADIO, E. (1965) "La psicoanalisi in Italia". *Riv. Di Psicoanal.*, 11: 1-8.
- STERBA, R. (1943) "On the metapsychology of morality". *Bulln. Menninger Clin.*, 2: 69-76.
- THORNER, H. (1946) "The treatment of psychoneurosis in the British Army". *Int. J. Psychoanal.*, 27: 52-59.
- ZILBOORG, G. (1943) "Symposium on present trends in psychoanalytic theory". *Yearbook Psychoanal.*, 1: 79-84 (1945).

OTRAS FUENTES: Bulletins of the International Psychoanalytical Association, 1939-1945. Association Internationale de l'Histoire de la Psychanalyse (A.I.H.P.) Journal, 2.

Traduccido por Leandro Wolfson.

Adam Limentani
38 Penshurst Gardens
Edgware
Middlesex HA8 9TP
Inglaterra